

José Vázquez Romero



# La costilla del faraón



Ediciones  
Irreverentes

Novísima Biblioteca

JOSÉ VÁZQUEZ ROMERO

LA COSTILLA  
DEL FARAÓN

Novísima Biblioteca  
Ediciones Irreverentes

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por cualquier método, salvo permiso expreso del editor.

© José Vázquez Romero

De la edición: © Ediciones Irreverentes S.L.

Noviembre 2010

Ediciones Irreverentes S.L.

<http://www.edicionesirreverentes.com>

ISBN: 978-84-96959-74-3

Depósito legal:

Diseño de la colección: Absurda Fábula

Imprime: Publidisa

Impreso en España.

*A Álvaro, Pablo y Daniel.  
A Carmen Elena, sin la que nada en mi vida sería posible.*

*A la memoria de mi padre.  
Gracias por enseñarme que las preguntas  
son siempre más interesantes que las respuestas.*

*Lo que sabemos es una gota de agua;  
lo que ignoramos es el océano.*  
(ISAAC NEWTON)



## CAPÍTULO 1. PESADILLA

Se despertó sobresaltado.

La noche estaba en silencio y el corazón de Howard latía agitado, retumbando con fuerza, como si un molesto grupo de diminutos percusionistas hubiera entrado en su interior. Su cuerpo desgarrado de adolescente había sudado de nuevo hasta llegar a inundar las sábanas. No era la primera vez que aquella pesadilla recurrente alteraba sus noches. De hecho, cada vez se repetía con mayor frecuencia, y eso es algo que comenzaba ya a provocarle una incómoda sensación.

—¿Qué diablos significa todo esto?

Esperó encogido en la cama a que la noche se esfumara, a que de nuevo saliera el sol y despertara un nuevo día. Cuando era niño jamás tuvo miedo de la noche, pero desde hacía algunos meses la oscuridad le atenazaba cada vez más. Aquella pesadilla le visitaba demasiadas veces...

Howard Tilman era un buen chico, pero fantaseaba más de la cuenta. Al menos eso pensaban sus padres, James y Maggie, dos londinenses de clase media que prestaban más atención a las ocupaciones del día a día, que a los golpes de imaginación con los que su hijo solía amenizar las cenas. Desde que era muy pequeño, habían visto a su hijo imaginando historias, recreándose en fantasías imposibles, haciendo suyas cada una de las leyendas que llegaban a sus oídos. Era como una esponja que absorbía cada historia fabulosa y la interiorizaba rápidamente, siempre bajo su particular punto de vista. Para él, todo era posible.

—*En cada leyenda siempre hay algo de verdad,* —solía decir Howard a menudo.

En la escuela esa curiosa afición no le había causado problemas, como pudiera parecer, sino más bien cierta admiración de sus compañeros. En realidad no le comprendían muy bien, pero en ocasiones les hacía gracia que les sorprendiera con alguna historia, o tal vez con alguna de sus habituales teorías alternativas.

Howard era también un gran aficionado a los acertijos, en especial a todos esos en los que te devanas la mente en busca de la trampa, para darte cuenta finalmente de que la solución era mucho más evidente de lo que suponías. Le gustaban todas esas teorías sobre el «pensamiento lateral» que últimamente poblaban los manuales de literatura psicológica, y también las incontables páginas web sobre pasatiempos y juegos mentales.

La solución más sencilla suele pasar desapercibida.

Poseía además una profunda y cultivada afición por la Historia. Casi desde el mismo momento en que aprendió a leer, comenzó a devorar libros sobre cualquier época histórica. Sin embargo, sentía especial atracción por las antiguas civilizaciones. Egipto, Babilonia, Grecia, Persia, Cartago, Roma, en todas ellas encontraba Howard mundos fascinantes abiertos a la leyenda, todavía no explorados del todo. Entonces comenzaba a mezclar realidad e imaginación, y se podía pasar horas y horas fabulando sobre aventuras imposibles. Casi siempre llegaba a resultados inverosímiles, más propios de esas novelas tan de moda últimamente, que de cualquier teoría histórica medianamente creíble.

Quizá sus padres deberían haberle prestado más atención, porque era evidente que su afición corría el grave riesgo de acabar convirtiéndose en una verdadera obsesión, con consecuencias devastadoras para su formación como ser adulto. Es posible que James y Maggie estuvieran convencidos de que lo que hacía su hijo era algo normal. Al fin y al cabo no habían tenido más hijos, y siempre les había resultado algo difícil comparar al suyo con otros niños de su edad, metidos como estaban en la rutina acelerada que suponía vivir en una gran ciudad como Londres, en pleno siglo XXI.

Howard desayunó en silencio, aún se sentía diminuto, débil, después de la congoja en que le había sumido aquel sueño reiterativo e indescifrable. Sus padres se acababan de marchar al trabajo, con tanta prisa que se habían olvidado de despedirse de él. Estaban muy lejos de darse cuenta de que su hijo se ahogaba cada vez más en el mar de aquella pesadilla que le visitaba por las noches. Pasó el día en el colegio con expresión ausente, como si estuviera a muchas millas de allí. Lo cierto es que a los profesores no les llamó la atención. Esas ausencias solían ser también habituales en sus compañeros, aunque en

ellos, esos viajes mentales solían estar más relacionados con pensamientos sobre los amores y desamores propios de la edad.

Cuando terminó la jornada escolar, Howard volvió a casa acompañado de Monthy, su inseparable amigo. Juntos habían compartido trastadas y travesuras desde la infancia. Eran muy distintos, y quizá por ello se llevaban tan bien.

—¿Sabes? Estoy un poco agobiado.

Monthy se sorprendió. Él no había notado nada:

—¿Y eso?

—No sé, pero estoy agobiado.

—Ya, pues como no seas un poco más claro...

—Así da gusto, comprensión de un amigo.

—Venga ya, Howy, ¿qué te pasa?

—No lo sé exactamente, pero desde hace algún tiempo estoy teniendo unas pesadillas que parecen más reales que esa asquerosa gelatina que te estás comiendo.

—¿Qué dices? Si está buenísima...

Howard se calló. Hoy no le apetecía seguir las bromas habituales de su viejo compañero. Siguieron caminando un par de manzanas más, y entonces Monthy se dio cuenta de que a su amigo le pasaba algo raro de verdad.

—Chaval, me estás preocupando. ¿Tan malas son esas pesadillas?

—No es que sean muy malas, de hecho tampoco puedo decir que sean pesadillas, lo que pasa es que son muy reales, y vienen casi todas las noches. Me dejan muy tocado.

—¿Y de qué tratan?— preguntó Monthy mientras apuraba aquella gelatina repugnante.

—Son muy raras. Parece que es el desierto, hay a veces tormentas de arena, y siempre acaba apareciendo alguien. No sé, pero parece un faraón, y creo que me quiere decir algo, pero no le entiendo.

—¿Habla en egipcio antiguo, se pone de perfil así, con las manos extendidas delante y detrás?— dijo Monthy con cierta sorna mientras imitaba la posición en la que habitualmente se representaban los egipcios.

—Muy gracioso. No sé por qué te lo he dicho.

—Venga, Howy, que es broma. Continúa.

—Está bien, pero deja ya las bromitas por hoy... La cuestión es que no puedo entender lo que dice. No sé si habla en un idioma diferente o si el ruido de la tormenta de arena es demasiado fuerte. No sé. El caso es que el hombre parece alterado. Está siempre muy nervioso, como si quisiera decirme algo muy urgente, algo que debo saber y que no puede esperar más.

—Vaya movida. ¿Y siempre es el mismo señor?

—Sí, aunque a veces viste de manera diferente. Pero yo creo que es uno de esos poderosos faraones.

—¿Quieres que te sea sincero? Howard, creo que deberías dejar de leer historias sobre esos personajes tan antiguos que tanto te gustan. Te tienen obsesionado, y al final pasa lo que pasa. Era cuestión de tiempo. Te veo atrapado en una de tus leyendas. A ver si voy a tener que ir a rescatarte y me tengo que vestir de legionario romano o algo así.

Monthy no tenía precisamente notables conocimientos de Historia, y siempre terminaba por tomarse a broma la desmedida afición de su amigo por las leyendas milenarias, que Howard alimentaba sin cesar. Pero en esta ocasión, le dijo algo que parecía tener cierta lógica:

—Pues mira, si quieres mi consejo, te diré que yo le preguntaría la próxima vez qué es lo que quiere. Habla con él sin ponerte nervioso, total, es sólo un sueño fruto de tu imaginación. Si consigues calmarte, conseguirás aguantar un poco más sin despertarte, y podrás hablar con él. A lo mejor te dice algo interesante.

Howard no le contestó. Pronto llegaron al cruce y se despidieron hasta el día siguiente.

Entró en casa y subió a su habitación. Allí le esperaba, como siempre, toda una pila desordenada de libros de historia, de leyendas antiguas, de misterios olvidados, de enigmas irresolubles. Pero esa tarde no le apetecía leer. Por supuesto, tampoco estaba muy interesado en hacer los deberes de la escuela. Así que cogió la consola y puso un juego de coches para pasar el rato. Al cabo de una hora llegó Maggie.

—¡He llegado, cariño!

Howard ya estaba aburrido de jugar y bajó enseguida.

—Hola mamá.

—¿Qué tal el día?

—Psss, pues como siempre.

—Nadie diría que tienes 16 años. Estás en la flor de la vida. Quizá deberías empezar a salir un poco más ¿no crees? Pasas demasiado tiempo en casa.

—Quizá.

La conversación no fue mucho más allá. A Howard no se le pasó por la cabeza comentar a su madre lo de sus pesadillas. Esperaron a su padre, cenaron, y pronto se fue a dormir.

La noche había llegado, como siempre, y para este adolescente obsesionado con las leyendas, eso significaba que la pesadilla de aquel faraón estaba de nuevo cerca, al acecho, dispuesta a invadir su mente y a alterar su espíritu. Pero esta noche todo iba a ser diferente. Recordó el consejo de Monthy y se metió en la cama más confiado.

Pronto, el sueño le venció.

La noche fue avanzando, cada vez más oscura, cada vez más silenciosa y solitaria. Por la mente dormida de Howard Tilman comenzó entonces un nuevo baile de sombras, personajes de todo tipo que aparecían y se esfumaban. Las figuras se deformaban a gran velocidad al son de ritmos extraños y desagradables. El dueño de los sueños comenzó a sudar, su cuerpo temblaba muy agitado, el ahogo le invadió por enésima vez.

El faraón misterioso le visitaba de nuevo.

Como siempre, parecía querer decirle algo importante, muy urgente, pero Howard no era capaz de entender nada.

De pronto, como si ello fuera posible, su subconsciente recordó el consejo de su amigo, y, al fin, Howard pudo tomar las riendas del sueño.

—¿Qué quieres de mí? ¿Qué quieres decirme? ¡Déjame ya tranquilo!

Aquel misterioso personaje se tranquilizó de pronto. Los desagradables sonidos fueron poco a poco silenciándose, la tormenta de arena se disipó. Todo quedó en calma. Parece que la idea de Monthy no era tan absurda, al fin y al cabo. El egipcio extendió sus manos. Su rostro era afilado, su complexión delgada y sus dedos largos. Ahora su mirada era otra, mucho más apacible, al fin serena. Howard dejó de temblar. Su cuerpo ya no libraba una batalla sin cuartel contra las sábanas.

—Tienes que ayudarnos.

Su voz era grave, no muy acorde con ese cuerpo tan delgado y ese aspecto débil, casi enfermizo. Hablaba por fin en el idioma de Howard, y la frase se escuchó nítida.

—Tienes que ayudarnos.

El joven inglés no estaba ya nervioso, y su mente siguió jugando al juego que aquella aparición milenaria de ultratumba parecía proponer.

## CAPÍTULO 2. LAS PISTAS DE UN JEROGLÍFICO

Howard Tilman estaba mucho más tranquilo. Aparentemente poco había que temer de aquel espigado egipcio, que vestía ataviado con los ropajes propios de los antiguos faraones. Ahora que podía comprender su lenguaje y que se estaban comunicando, todo parecía mucho más sereno.

La curiosidad del joven Tilman era tan inagotable como el agua que cae violentamente por los saltos de una cascada. Desde que era un pequeño infante que apenas comprendía lo que leía, había devorado docenas y docenas de libros sobre la Antigüedad, había conocido cientos de leyendas perdidas en el fondo de los recuerdos del hombre.

Aquel faraón parecía angustiado.

—¿Qué te sucede?

—Necesitamos tu ayuda.

—¿Mi ayuda? ¿Para qué?

—Lo descubrirás si sigues el camino por el que te guíe tu intuición. Estás destinado a ello.

—¿Mi intuición? ¿Destinado? ¿De qué me estás hablando? ¿Quién eres?

—Lo tendrás que descubrir por ti mismo. Es la única manera posible de que lo consigas.

—¿Conseguir el qué?

—Ayúdanos...y ayudarás a todos.

El faraón de manos alargadas y dedos afilados se desvanecía lentamente de la mente de Howard, mientras éste le pedía más información, alguna pista, algo por donde empezar.

Se despertó totalmente despejado. Esta vez no tenía miedo. La intriga y el misterio, que tanto le gustaban, habían liquidado cualquier atisbo de temor. Eran las cuatro de la mañana y se puso a caminar en círculo por su habitación, con la mano en la barbilla, cavilando cual Sherlock Holmes. Lo primero que tenía que averiguar es quién era ese personaje tan misterioso. Sin esa información no

había nada que hacer. Repasó algunos libros sobre Egipto que tenía a mano, pero era como buscar una aguja en un pajar. Era de locos.

Amaneció.

Era sábado y sus padres se levantarían algo más tarde. Pero Howard no podía esperar, así que desayunó a toda prisa lo primero que pilló por la cocina, cogió su móvil y llamó a Monthly. Su amigo tardó en contestar.

—¿Sabes qué hora es? ¿Qué quieres, te has olvidado de que hoy es sábado?, — dijo con voz débil pero tono enfadado.

—Tenemos que vernos. He hablado con el faraón.

—¿Con quién? — Monthly estaba aún medio dormido, y desde luego no se esperaba esa llamada.

—¿Cómo que con quién? Pues con el faraón de mi pesadilla.

—¿Y me despiertas para decirme eso? ¡No me lo puedo creer!

Howard estaba muy acostumbrado a que la gente no le tomara muy en serio con las teorías que solía imaginar, pero eso nunca le arredraba. Él seguía siempre hasta el final, no le importaba que su interlocutor demostrara una profunda pereza en escuchar fabulaciones de todo tipo.

—Chaval, tenías razón. Le he preguntado y he podido hablar con él.

—Ya.

—¿No quieres saber de qué hemos hablado?

—¿Tengo elección?

—No.

—Me lo temía.

—El egipcio misterioso me ha pedido que le ayude, bueno, que le ayude a él y a alguno o algunos más. Me ha dicho *Tienes que ayudarnos*.

—¿Ayudarlos? ¿A qué?

—Ni idea.

—¿No se lo has preguntado?

—Bien, Monthly, veo que estás muy interesado...

—No me fastidies, pero si me has despertado un sábado tan temprano, espero al menos que sea para algo que merezca la pena. Pero, ¿qué demonios estoy diciendo? Al fin y al cabo es sólo un sueño, nada real. Estás loco de remate.

—¿Por qué dices que los sueños no son reales?

—Porque no lo son. Son sólo juegos de la imaginación, pequeñas travesuras de la mente.

—Pues yo creo que estos sueños que estoy teniendo son bastante reales.

—Bueno, ¿me vas a decir ya en qué les tienes que ayudar?

—Ya te lo he dicho, no lo sé. Se lo pregunté, pero no me quiso contestar. Me dijo que lo descubriré si sigo el camino que me guía mi intuición.

—Vaya, un faraón juguetero, en plan jeroglífico o acertijo, de éstos que te gustan, ¿no?

—Eso parece.

—¿Y qué piensas hacer?

—Lo primero es descubrir quién es ese faraón.

—Si no te conociera pensaría que me quieres tomar el pelo. En fin, tú sabes mucho sobre Egipto, supongo que no habrá tantos ¿no?

—Unos trescientos, de los que se sepa el nombre.

—Pues lo llevas claro, chaval. ¿Sabes lo que yo haría? Espera a que vuelva a aparecer en tu sueño y pregúntale algo más concreto, alguna pista que te pueda dar. Dile que no sea tan gracioso. Al fin y al cabo, vive en tu mente, en cierto modo te pertenece.

—Eso haré.

—Howy, ¿en serio te crees que todo esto es por algo? Es sólo fruto de tu imaginación. Deberías ya de dejar de leer tantos libros sobre los antiguos. Esas leyendas te están comiendo la cabeza.

—Ya te contaré. El lunes nos vemos en la escuela.

Howard pensó que, de nuevo, su amigo le había dado un buen consejo, así que decidió esperar a que el faraón misterioso se presentara por la noche y entrara de nuevo en su mente. Necesitaba más pistas.

Aún no sabía que estaba en el inicio de una aventura de proporciones gigantescas y de repercusiones sorprendentes.

### CAPÍTULO 3. EL CAMINO NUNCA ES RECTO

Pasaron días, semanas, pero aquel egipcio que le había pedido ayuda no se presentaba. Howard dejó de tener ese tipo de sueños, y sintió una profunda decepción. Había imaginado que todo aquello era real, parte de una gran aventura, el punto de partida para descubrir alguna historia increíble, alguna leyenda hecha realidad. Pero ahora estaba en punto muerto. No tenía ni idea de por dónde empezar, y tal vez era el momento de comenzar a asimilar que todo aquello había sido fruto de su inquieta imaginación.

Con el paso de los meses, fue poco a poco dejando de lado su afición por las viejas historias. Como a cualquier chico de 17 años, la vida le ofrecía muchas otras posibilidades de pasar el tiempo, casi todas mucho más apetecibles que estar encerrado en casa leyendo y fabulando sobre lejanas leyendas imaginadas.

Pero nadie puede escapar de uno mismo.

El fuego de las leyendas se había colado desde hacía muchos años en su mente, y aunque ahora estaba dormido, en realidad sólo hacía falta cualquier pequeño detalle para encender de nuevo la llama. Y la chispa estaba más cerca de lo que él mismo sospechaba.

El nuevo curso comenzó en el instituto, era el último antes de entrar en la Universidad. Como siempre, ese primer día de clase era especial. Todos los amigos se volvían a ver, se contaban las peripecias vacacionales y reinaba una gran animación. Howard era uno más.

—Chaval ¿cómo te ha ido?

—Hombre, Monthy, ¿cómo es que te han admitido en este curso? Madre mía, creía que el director no iba a ser tan inconsciente.

—Vaya, veo que vienes de buen humor.

—Sí.

—¿Qué tal el verano? ¿Muchas leyendas nuevas? ¿Algún descubrimiento impactante, quizá has desvelado alguna conspiración oculta?

—¡Qué va! Ya me he desenganchado de todo eso. Creo que tenías razón, estaba un poco obsesionado.

—Haces bien. Por cierto, ¿no se te volvió a aparecer aquel faraón misterioso?

—No.

En ese momento a Howard Tilman se le escapó un profundo suspiro. En el fondo le habría encantado que todo aquello del sueño hubiera sido algo real, el comienzo de una apasionante tarea de descubrimiento, algo realmente importante para el mundo.

Entraron en el aula, y al poco entró una bella señorita de unos 30 años, acompañada por el director. Vestía un caro traje de marca y largos tacones rojos, y tenía una larga melena negra. Cerraron la puerta y caminaron con paso decidido hacia la mesa del profesor. Los alumnos se quedaron en silencio. Estaban acostumbrados a ver a profesores casi octogenarios, antiguos y oxidados, de la vieja escuela, y aquella aparición les dejó totalmente perplejos. ¿Sería posible que aquella fuera su nueva profesora? El director, un personaje algo siniestro, de facciones ariscas, muy inflexible y poco amigo del diálogo con los alumnos, tomó la palabra con voz grave:

—Señores, espero que sepan aprovechar como deben su último año en el instituto. Conocen de sobra todas las normas, así que no perderé más el tiempo en ello. Aprovecho la ocasión para presentarles a su nueva profesora de Historia, la señorita Riley. Antes de que ninguno de ustedes haga alguna pregunta estúpida, ya les adelanto que el antiguo profesor de la materia, el muy apreciado y honorable señor Truman, falleció desgraciadamente hace dos semanas. Espero que honren su memoria aprovechando todo lo que les enseñó. Señorita Riley, todos suyos.

El director Stansbury siempre era tan seco y directo. Se marchó como un rayo por donde había entrado, sin despedirse de los alumnos.

Los chavales aún no salían de su asombro al contemplar el contraste que suponía ver a aquella joven en el puesto del viejo profesor Truman. En cuanto pudieron reponerse un poco de la impresión, todos sintieron algo de alivio. Truman había sido un profesor de éstos que no hacen ni mucho menos muy divertida ni interesante la asignatura que imparten. Dejaba poco espacio a la imaginación, al diálogo, al pensamiento, al debate histórico. Para él, la Historia se resumía básicamente en una memorización mecánica y hartamente aburrida de

fechas, lugares, personajes y demás elementos que configuran «la Historia que siempre nos han contado». Así que, pensaron, la señorita Riley no podía ser peor que él.

—Buenos días. Como ya les ha dicho el director Stansbury, me pueden llamar señorita Riley. No me gustan las bromas, no soy su amiga, y desde luego no toleraré ni el más mínimo acto de indisciplina.

Los alumnos escuchaban con cierto temor. La nueva profesora parecía un hueso duro de roer; pero aún no sabían que no tenía nada que ver con su predecesor.

—No les voy a enseñar Historia. Ustedes la aprenderán e interpretarán por sí mismos. Olviden todo lo que creen que saben hasta ahora. Toda la Historia que les han enseñado desde que eran unos niños, sólo les confundirá.

Los estudiantes no sabían muy bien de qué estaba hablando aquella jovencita que parecía querer agitar las viejas paredes del instituto, pero el corazón de Howard dio un salto. De pronto, algo se despertó en lo más profundo del alma de aquel adolescente fantasioso.

La señorita Riley continuó:

—La verdad, la verdad, la verdad. Desde hace miles de años los hombres se afanan en una búsqueda desesperada por encontrarla. Y estudian el pasado rastreando pistas que les ayuden a descubrir la verdad. Pero, ¿cómo pueden estar seguros ustedes de que la Historia fue tal y como nos la han contado?

Un silencio eterno invadió el aula. Al cabo de medio minuto la profesora dijo:

—Cuando hago una pregunta quiero respuestas. No hay nada más decepcionante que la falta de imaginación en la gente joven. Si no saben la respuesta, no deben avergonzarse por ello, pero sí deben enrojecer por no ser capaces de imaginar algo, lo que sea, por disparatado que parezca. No quiero en mi clase jóvenes que se rinden. El que crea que no podrá con eso, aún está a tiempo de elegir otra asignatura. Ya me encargaré yo de que les faciliten el papeleo. Pero el que se quede aquí sabe, desde este mismo momento, que si hago una pregunta tendrá que improvisar una respuesta. Y rápido.

Nadie se movió. De nuevo un incómodo silencio se adueñó del aire. Pero esta vez duró menos.

—En realidad no lo podemos saber.

Desde el fondo de la clase, Howard había contestado con firmeza a la pregunta que la profesora Riley había lanzado.

—¿Y entonces, por qué la estudiamos? — continuó Riley.

—Porque sólo conociéndola a fondo, podremos averiguar si todo fue así o intuir que hay algo que tal vez no fue exactamente de ese modo.

La respuesta del joven impresionó a Riley.

—¿Cómo se llama usted?

—Howard Tilman.

—Bienvenido a la clase de Historia.

Una leve sonrisa asomó en el rostro de la profesora. Todos los muchachos sintieron un gran alivio. Al fin y al cabo, parecía que la nueva y estricta profesora iba a hacer de las clases algo interesante.

—Mañana comenzaremos por el Antiguo Egipto. Vengan preparados. Y nunca olviden algo: el camino para llegar a la verdad casi nunca es recto. Si algo les parece demasiado obvio, piensen que hay gato encerrado. Y si algo les parece demasiado misterioso, complicado o indescifrable, piensen que la respuesta suele ser tan obvia que no reparamos en ella, pero que está ahí, frente a nuestras narices.

La profesora Riley ya se había ganado a sus alumnos.

—Y nunca olviden algo: las preguntas más sencillas suelen encerrar las respuestas más difíciles, y los interrogantes más complejos suelen resolverse con soluciones elementales. La Historia está llena de misterios que aguardan ser descubiertos. Ayúdenme a descubrirlos.

## CAPÍTULO 4. EL FARAÓN DE LOS LARGOS DEDOS

Howard estaba deseando que la profesora Riley comenzara la clase. Sus compañeros seguían apurando el corto descanso entre clase y clase, esperando que su nueva maestra llegara lo más tarde posible, pero al joven Tilman le ardía una enorme curiosidad por saber si todo aquello resultaría tan sugestivo como le había parecido el día anterior.

El descanso fue muy corto. La señorita Riley entró como una exhalación en el aula, y los alumnos no pudieron evitar poner indisimuladas caras de decepción.

—Señores, en mis clases no habrá descanso. No tenemos mucho tiempo, así que deberán estar muy atentos. No repetiré las cosas dos veces. Sólo si tienen preguntas que hacer, detendré la clase. Así que, como les supongo jovencitos inteligentes, les sugiero que me hagan el máximo número de preguntas posibles, porque si no lo hacen, van a terminar agotados de escuchar mi voz. Puedo hablar muy rápido, y probablemente no se enterarán de nada. No teman hacer preguntas aunque parezcan algo absurdas. Eso sí, sólo quiero cosas que tengan que ver con la asignatura, no se pasen de listos.

Curiosa esta nueva profesora. Decidida, fresca como un soplo de aire en otoño, con un cierto punto de arrogancia, algo necesario para lidiar con un grupo de adolescentes criados bajo el paraguas impersonal de las videoconsolas y los chats de Internet.

—Díganme: ¿cómo definirían en muy pocas palabras todo lo que saben del Antiguo Egipto a alguien que no tuviera ni la más remota idea?

Se hizo el silencio, pero todos estaban ya sobre aviso de que Riley esperaba una respuesta, y que si nadie decía nada, las consecuencias serían negativas para todo el grupo. Entonces, desde el fondo de la clase, Mary J. Carter tomó la palabra:

—Faraones poderosos, pirámides enormes, muchos dioses y el río Nilo.

Un leve sonido a risa nerviosa escapó de varios alumnos. La chica había contestado rápido, casi sin pensar. Era muy decidida, no le temblaba la voz, y

no tuvo reparos en coger el guante que la profesora había lanzado. Por muchos motivos, era la más valiente de la clase. Todos quedaron a la expectativa ante lo que diría Riley, después de esa respuesta aparentemente tan simple.

—Perfecto, señorita Carter.

Todos se quedaron de piedra. ¿Cómo sabía ya el nombre de Mary? Pronto se darían cuenta de la excepcional capacidad de su nueva maestra de Historia, que no tenía problema alguno para memorizar ni relacionar todo cuanto cayera ante sí. La tarde anterior le habían dado las fichas de todos sus alumnos, y en diez minutos había aprendido todos los nombres, y todas sus caras.

—Eso es lo que quiero, respuestas rápidas y directas. Lo que su mente les proponga es lo que deben decir. En clase no quiero respuestas muy preparadas, no sirven de nada, no quiero que me contesten lo que ustedes suponen que yo quiero oír. Eso déjenlo para los exámenes. La señorita Carter ha dado en la diana. ¿De qué va el Antiguo Egipto? Pues justo de eso: de la lucha del poder terrenal y a la vez sobrenatural, de la muerte, de la relación con la trascendencia, y de la fuerza invisible de la Naturaleza. Eso es Egipto. Ni más ni menos.

Riley continuó:

—No seguiremos el manual que les han hecho comprar. No se lo tomen a mal, saben que en el fondo les hago un favor, es bastante mejorable. Tomen apuntes de lo que hablemos en clase y estúdienlos. Pero, ante todo, piensen. Piensen y les irá bien aquí.

Como un ejército preparado para el combate, todos los alumnos sacaron folios, desfundaron sus bolígrafos y se dispusieron a tomar notas. La profesora Riley no les daba respiro.

—Hace más de tres mil años, cuando ya habían muerto el Imperio Antiguo, los Períodos Intermedios y el Imperio Medio, algo cambió súbitamente en Egipto. Quedaban muy atrás ya las viejas pirámides de Gizeh, construidas más de mil años antes, y no hacía mucho tiempo que los egipcios habían expulsado a los extranjeros gobernantes hicsos, y habían fundado el conocido como Imperio Nuevo. La gloriosa dinastía XVIII dominaba todo el país del Nilo desde la floreciente ciudad de Tebas.

La profesora iba rápido, y Howard siguió su consejo. Interrumpió la explicación con una pregunta:

—¿Por qué no empezamos por el principio?

—¿Eso le resultaría más fácil?

—Bueno, supongo que es mejor.

—Supone mal, señor Tilman. La Historia es un como un cuento o una película, en ocasiones es mejor no empezar por el principio, sino con alguna escena interesante que haga mantener la atención en todo el relato, ¿no cree?

—Es posible.

La profesora Riley había conseguido ya su objetivo. En sólo un par de días había hecho olvidar todos los años de metodología del viejo profesor Truman. Ahora los chicos seguirían con gusto el nuevo sistema, y lo cierto es que eso les iba a resultar mucho más provechoso.

—Decía que los faraones de la dinastía XVIII expandieron las fronteras, se vivía una nueva época gloriosa en el Imperio del Nilo. El orgullo de la misteriosa civilización egipcia estaba otra vez por las nubes, siempre bajo el mandato y protección de los faraones y de los dioses, en especial del dios principal, Amón-Ra.

Detuvo voluntariamente la narración, hizo una pausa y continuó:

—Pero entonces...todo cambió para siempre, aunque sólo unos pocos se dieron cuenta.

Riley había conseguido mantener la atención de todos, incluso la del descuidado Thomas Ferry, habitual saboteador de las clases, que en esta ocasión estaba tan interesado, que se abstuvo de ofrecer su habitual y desagradable concierto de sonidos extraños.

—¿Qué pasó?

—Llegó un faraón diferente, alguien con ideas revolucionarias nunca vistas hasta entonces, y decidió cambiarlo todo. Creía que adorar a muchos dioses era un error, y que sólo había un dios supremo. Ese fue el principio de la mayor revolución de la Historia, un cambio que determinó el curso de gran parte de la Humanidad hasta nuestros días.

Entonces Mary dijo:

—Creía que el monoteísmo fue una creación de los hebreos ¿no?

—Es posible, pero nunca crean todo lo que les han contado sin antes documentarse y, sobre todo, sin reflexionar. Hace casi 3.500 años llegó al

poder del vasto Imperio egipcio el faraón más misterioso, el más adelantado, el que abrió una puerta nueva, y que por ello fue repudiado y olvidado durante siglos y siglos. Pudo ser un loco, un iluminado, un sabio, o simplemente un instrumento, la correa de transmisión de un misterio que llega hasta nuestros días. Eso les corresponde descubrirlo a ustedes. Habrán oído ya muchas cosas sobre él, siempre y cuando hayan aprovechado las enseñanzas del señor Truman, claro. ¿Alguien sabe de quién hablo?

Nadie contestó. El curso acababa de empezar y las mentes de los jóvenes alumnos estaban muy lejos de recordar nombres de faraones revolucionarios. Seguro que lo habrían estudiado en algún curso anterior, pero sólo como una línea más de una lista memorizada tan rápido, como poco después olvidada.

—¿En serio nadie lo sabe? Chicos, creo que están peor de lo que pensaba, que ya es decir.

En ese momento la señorita Riley encendió el proyector que estaba conectado a su ordenador portátil, y una gran imagen se apareció en la pantalla.



Howard Tilman dio un respingo y se golpeó las rodillas con la mesa. Aquel faraón, cuya imagen recordaba ahora haber visto en algún curso pasado, tenía un increíble parecido con el que se le había aparecido repetidamente meses atrás. Aquella cara tan estirada, los labios prominentes, la nariz alargada, los ojos rasgados, todo. Lo único diferente era la expresión, que aquí era más relajada y confiada que en los sueños.

—¿Nadie le recuerda?

Howard estaba temblando, consumido por una extraña mezcla de terror y de alegría. ¡Por fin averiguaba de quién se trataba! Recordó rápidamente que esa escultura representaba a Akenatón, el faraón monoteísta. Con voz débil dijo:

—Es... Akenatón.

—¡Bravo, señor Tilman! Veo que aún queda algo en el fondo de sus jóvenes memorias. En efecto, están ustedes ante Akenatón, el hereje, «el faraón de los largos dedos».

## CAPÍTULO 5. EL COMIENZO DEL MISTERIO

¿Cómo no se había dado cuenta antes? Howard aún se repetía esa pregunta mientras regresaba a casa con su amigo Monthy. Él había leído hacía tiempo algunas cosas sobre aquel faraón que había socavado los cimientos más profundos de las creencias egipcias. ¡Y era ése el rostro que se le había aparecido en aquellas pesadillas tan agobiantes!

—Monthy, ahora que ya sé quién es el faraón, ya tengo al menos algo para poder empezar.

—¿Empezar? ¿A qué?

—¿Cómo que a qué? Pues a descubrir qué es eso que tanto entristecía y agobiaba a Akenatón.

—No me puedo creer que hables en serio, Howy. Me dijiste que ya habías dejado todas esas tonterías. De verdad, amigo, olvídate de todas esas cosas y vive tu vida.

—¿Qué viva mi vida? ¿Cuál es mi vida? ¿Qué quieres, que haga como si nada hubiera pasado?

—Es que nada ha pasado.

—Monthy, veo que no me entiendes. El faraón que se me apareció continuamente en sueños tenía exactamente la misma cara que la imagen que nos ha enseñado la señorita Riley. ¿Crees que es una casualidad? Las casualidades no existen.

—¿Y qué vas a hacer? En serio, Howy, no sabes ni siquiera qué es lo que estás buscando. Tu mente te está jugando una mala pasada.

—Lo primero que tengo que hacer es enterarme de todo lo que pueda sobre ese faraón tan extraño y misterioso. Ya te iré contando, pero por favor no le digas nada a nadie.

—¿Y qué les iba a decir? ¿Que mi mejor amigo es ahora un detective en busca de no sabe qué, y encima siguiendo la única pista de una pesadilla en la que aparece supuestamente un faraón de hace más de 3.000 años? Con un loco en el barrio tenemos bastante.

Se despidieron y Howard entró como un huracán en casa, ardía en deseos de subir a la habitación y buscar en Internet cosas sobre Akenatón. Tan rápido entró que no se percató de que su madre había llegado antes que de costumbre.

—Howard, hijo, no vayas tan rápido ¿qué tal en clase?

—Ah, no te había visto. Bien, como siempre. Me subo arriba.

—Espera un poco y merienda algo ¿no?

—No mamá, tengo que empezar un trabajo de Historia que nos ha encargado la nueva profesora.

—Vaya, qué persuasiva es ¿no?

Howard no contestó, ya estaba en su habitación con la puerta cerrada.

Encendió el ordenador y se conectó a varias páginas que hablaban de Akenatón. Su historia «oficial» es, en principio, bien conocida: el faraón Amenhotep IV (también llamado Amenofis IV), hijo del faraón Amenofis III y la reina Tiye, subió al trono faraónico hacia el año 1.350 antes de Cristo. Era miembro de la famosa dinastía XVIII, que ya había visto reinar a célebres monarcas como el gran Tutmosis III, o la mujer faraón, la reina Hatshepsut. La expansión de Egipto durante la dinastía XVIII, tras expulsar a los hicsos, fue muy notable. Pero a los pocos años de convertirse en faraón, Amenofis IV comenzó su inaudita revolución. Sustituyó el arraigado culto politeísta, dirigido en especial por los sacerdotes del todopoderoso dios Amón, por un culto a un dios único, el dios Atón, el dios del disco solar. Se cambió el nombre, haciéndose llamar Akenatón («Servidor de Atón»). Incluso cambió la capital, saliendo de la tradicional y majestuosa Tebas, y fundando una nueva ciudad que mandó construir de la nada, más al norte. La llamó Aketatón («El Horizonte de Atón»), y fue conocida después como Tell-el-Amarna, o simplemente Amarna. Estuvo casado con la bella y misteriosa Nefertiti, y su revolución religiosa no le sobrevivió, pues pronto fue condenado al olvido y borradas casi todas sus huellas. Se le consideró oficialmente un faraón hereje, y las cosas fueron rápidamente devueltas a su situación anterior.

Pero Howard no tardó en darse cuenta de que había en la historia de Akenatón muchos más cabos sueltos que los que había imaginado. En un par de horas ahí sentado, buceando entre decenas de páginas web que hablaban del faraón de cara alargada, comprobó que hay cientos de leyendas sobre su vida

y sobre lo que pasó en realidad. De hecho, él ya había aprendido por sí mismo que prácticamente todas las historias antiguas son sólo en realidad el resultado final de una determinada versión que ha prevalecido sobre las demás. A medida que vamos retrocediendo en el tiempo las fuentes son más imprecisas, más difíciles de contrastar, menos irrefutables. Las posibilidades de que la realidad no fuera como nos la han contado son casi tan elevadas, que resulta difícil asumir las versiones «oficiales» si no es con un ciego golpe de fe. Los estudiantes que se acercan al estudio de la Historia tienden a pensar que lo que nos cuentan fue así y de ningún otro modo. Pero las bases sobre las que se sustentan las historias milenarias son muy débiles.

Los historiadores aún discuten sobre multitud de teorías referentes a Akenatón y su entorno. Por eso Howard tenía mucho que aprender, pero también mucho que imaginar y descubrir.

—¡Howard, papá ha llegado! Baja a cenar.

—Voy mamá.

La cena discurría tranquila, James y Maggie hablaban sobre cosas de trabajo y entonces Howard, tan impulsivo como siempre, interrumpió súbitamente la conversación:

—¿Por qué no hacemos un viaje?

—¿Qué? ¿Y esa idea?

—Papá, cuando era niño íbamos a muchas partes, nos lo pasábamos bien viajando. ¿Por qué ya nunca vamos a ningún lado?

—Howard, sabes que hemos pasado algunos años algo complicados económicamente.

—Ya lo sé, pero ahora estamos bien ¿no?

—¿Y dónde propones ir, si se puede saber?

—No sé, se me ha ocurrido que por ejemplo podríamos ir... a Egipto.

—¿Egipto?

Maggie entró en escena:

—¿Por qué no? Nos vendría bien desconectar un poco de la rutina. Rose Smith ha estado hace poco con sus hijos y ha venido muy contenta.

—Bueno, lo pensaremos.

—Papá, no lo pienses mucho, vámonos a Egipto. No te arrepentirás.

## CAPÍTULO 6. PREPARANDO EL VIAJE

El primer trimestre de curso siguió avanzando. Sólo las entretenidas clases de la profesora Riley mantenían con cierto interés a Howard y sus amigos. Habían terminado ya los temas de Egipto, y ahora andaban enfrascados en historias sobre Grecia, los persas, y demás avatares de las épocas olvidadas. Pero Howard se había quedado atrapado en Egipto.

Atrapado para siempre.

Riley les había encargado como tarea para el primer trimestre que presentaran un trabajo individual sobre algún personaje histórico. Lógicamente, Howard escogió a Akenatón, lo cual le facilitaba poder investigar a fondo la figura de ese personaje sin levantar sospechas.

De vez en cuando, después de clase, se atrevía a hacer algunas preguntas a la profesora sobre determinadas dudas, siempre buscando el mayor número de pistas posibles que le ayudaran a descubrir el misterio que encerraba la misteriosa figura del faraón hereje. La señorita Riley parecía disfrutar contestando de tal manera, que en lugar de acotar el camino abría muchos más interrogantes, lo cual resultaba frustrante para el joven Howard Tilman.

—Profesora Riley, hay una cosa que no termino de comprender.

—¡Enhorabuena! ¿Sólo una cosa? Pues ya me contará el secreto, a mí me surgen cada día decenas de nuevos interrogantes sin respuesta.

—¿Cómo es posible que no se conozca con certeza toda la historia de Akenatón? A medida que busco más información, me encuentro más disparidad. Es como si los expertos se divirtieran imaginando nuevas teorías cada semana.

—Pues su trabajo consiste en estudiar todas las fuentes que pueda, valorar todas las teorías y elaborar la suya, personal e intransferible. Piense e imagine, quizá encienda una luz que nadie antes pudo prender.

—¿Aunque sea algo descabellado?

—Todas las versiones de la Historia tienen algo de descabellado, pero a menudo se quedan incluso cortas. No olvide que la realidad siempre supera a

la ficción. Probablemente, si supiéramos con detalle cómo sucedieron las cosas en la Antigüedad, nos quedaríamos de piedra.

Howard buceó todo lo que pudo en las docenas de teorías que se habían ido forjando a lo largo de los siglos en torno a la figura de este curioso faraón, el más enigmático del Antiguo Egipto. Las semanas siguieron pasando, y un día en el que la lluvia londinense arreciaba incluso más que de costumbre, finalmente James arrancó una gran sonrisa a su hijo:

—Howard, en cuanto te den las vacaciones del primer trimestre, nos vamos a Egipto.

—¿En serio?

—Pues claro, hijo.

—Gracias papá. No te arrepentirás.

El joven Tilman no tenía tiempo que perder. Ahora que iba a ir en persona a la tierra de los faraones, debía prepararse todo lo posible para aprovechar el tiempo, para intentar descubrir allí el misterio que Akenatón quería mostrarle en aquellos sueños agobiantes.

Pero las sorpresas no acababan ahí:

—Vamos con los padres de Monthy y los de Mary. En cuanto les dije que planeábamos ir, se apuntaron sin dudarlo. Así que creo que al final todos lo pasaremos bien.

Howard no supo si alegrarse o no. Por un lado la idea de que dos de sus amigos fueran con él a Egipto sonaba atractiva, pero por otra parte quizá le apartarían un poco de la verdadera y secreta misión que él tenía para este viaje.

Al día siguiente habló con Monthy:

—Chaval, qué callado te tenías lo de Egipto.

—¿Qué dices, Howy? Si yo me enteré ayer por la noche.

—Vaya, pues yo también.

—¿Sabes que también viene Mary con sus padres y su hermano pequeño?

—Sí.

—Menudo rollo, ¿no? Mary es muy pesada.

—No te pases, no es para tanto.

—Por cierto, supongo que este viaje no tiene nada que ver con aquella historia de tus pesadillas con Akentasón, ¿me equivoco?

—Es Akenatón.

—¿Qué más da?

—Todo es importante.

—Así que sigues pensando en él...

—¿Y cómo no voy a pensar en él? Tenía algo importante que decirme, y quiero averiguar de qué se trata. Si no lo hago, quizá no lo hará nadie. Estoy seguro de que es algo que está ahí, esperando, a la vista de todos. Y, si me ha elegido a mí, por algo será. Los mayores misterios suelen tener soluciones obvias que, de tan elementales, pasan desapercibidas.

—Chico, estás fatal. ¿Y de verdad crees que un viaje a Egipto, en el que nos llevarán como borregos en rebaño, te va a servir de algo? No vamos como exploradores, vamos como vulgares turistas occidentales. Despierta de una vez.

—Al menos estaré cerca de él, de su tierra, de su mundo. Te sorprendería saber cuántas leyendas y teorías hay sobre Akenatón y su familia.

—Vaya, ¿ahora metes en el ajo también a su familia?

—Era una familia muy curiosa, ya lo comprobarás.

—No me digas que ahora vas de periodista rosa, buscando amantes, tíos, primos y demás.

—No bromeo, Monthy. Desde muy pequeño tú también has oído la historia del hijo de Akenatón. Todos la han oído.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo se llamaba ese hijo tan famosillo?

—Lo conocemos como...Tutankamón.

## CAPÍTULO 7. LEYENDAS DEL DESIERTO

El vuelo 1212 de British Airways despegó del aeropuerto de Heathrow con media hora de retraso. La mayoría de los 150 pasajeros eran turistas que se disponían a pasar unos días en una tierra realmente muy diferente. Con Howard se sentaron Mary y Monthy, y varias filas más adelante se distribuían las tres parejas de progenitores y los pequeños Josh y Lucy, hermanos respectivos de Mary y Monthy. El joven Tilman iba nervioso, muy expectante, como el que va a una aventura de la que no conoce nada. No tenía ni idea de lo que se iba a encontrar allí, aunque Monthy estaba seguro de que la decepción con la que su persistente amigo regresaría 9 días después, sería descomunal.

El viaje fue cómodo, y en pocas horas estaban desembarcando en busca de sus equipajes. Los trámites aduaneros se prolongaron algo más de lo que esperaban, propinas incluidas, y finalmente les condujeron hacia los tres autocares que, con un aspecto bastante viejo, les llevarían hacia la caótica e impactante metrópolis de El Cairo. Lo del tráfico de aquella descomunal urbe era increíble. Aparentemente nadie respetaba las señales, los semáforos brillaban por su ausencia, y cuando había alguno, casi siempre estaba estropeado o invisible a ojos de los temerarios conductores caiotas. A sólo unas pocas horas de avión se elevaba aquel mundo absolutamente diferente de lo que estaban acostumbrados a vivir y sentir aquellos turistas londinenses que, en su mayoría, no tenían ni idea de lo trascendental que era la tierra que ahora pisaban.

Sin embargo, Howard se sintió como en casa. Al fin y al cabo estaba ya cerca del mismo aire del desierto que respiraron los faraones, y también cerca del Nilo, el río de la vida. Y, sobre todo, desde el primer momento todos percibieron que, en aquella tierra, el paso del tiempo era diferente.

En todo el mundo el tiempo pasa. En Egipto, el tiempo te acompaña.

Desde la terraza del hotel el atardecer era imponente. De pronto, todo aquel bullicio que invadía las calles ahí abajo parecía olvidado. La habitación estaba en silencio, y Howard abrió la puerta de la terraza. Sus padres estaban en el restaurante del hotel, cenando con el grupo un extraño buffet adereza-

do por curiosas salsas. Pero él no tenía hambre y prefirió la tranquilidad de la habitación.

Se asomó al balcón y se encontró cara a cara con el astro rey que caminaba lentamente por el cielo para ocultarse tras las pirámides y sumergirse bajo las dunas de un desierto atemporal.

—Desde luego ahora entiendo por qué el sol es el rey aquí. Y ahora comprendo que todos lo adoraran como el dios supremo. Este sol es especial. —pensó Howard.

Sacó de su mochila su nueva cámara de fotos y apuntó hacia el horizonte, con el máximo zoom que le permitía su máquina. Disparó. Después recorrió y amplió todo lo que pudo la instantánea. Decidió que ésa sería su primera y mejor foto, la que le recordaría para siempre el impacto y estremecimiento que le produjo su encuentro con el sol de Egipto, el dios milenario y supremo de la época faraónica.

A la mañana siguiente, muy temprano, comenzó la primera de las visitas, la que guiaría al grupo a conocer de cerca las famosas Pirámides de Gizeh. Los visitantes atendían con desigual interés las explicaciones que iba dando el guía, un tipo de baja estatura, de tez morena y poblado bigote que atendía al nombre de Zawan. La verdad es que no parecía que los turistas se quedaran muy impresionados con lo que aquel egipcio les contaba. Por eso aquel plomizo guía decidió cambiar de registro, y dejó para otra ocasión las explicaciones técnicas tan aburridas. Permaneció medio minuto en silencio y de pronto habló, esta vez con voz firme.

—Hay una leyenda aquí, un misterio no resuelto.

Todos volvieron la mirada hacia Zawan, en especial Howard Tilman, que había viajado a Egipto para resolver un misterio personal, una pesadilla, un enigma absurdo que un Akenatón onírico le había puesto ante sí.

—Tal vez lo que el guía va a contar pueda ayudarme a dar al menos un paso en la dirección correcta —pensó Howard.

Zawan continuó:

—«La cuarta cámara de Keops». Así se conoce desde hace milenios el verdadero misterio de este lugar. Como bien saben, la Gran Pirámide que tienen ante sus ojos, la única de las Siete Maravillas que aún permanece en pie, es

toda ella un misterio por sí misma. Miles de teorías fantasiosas sobre su construcción, (incluso con extraterrestres según algunos insensatos), sobre su verdadero significado, sobre la forma en que se transportaban los gigantescos bloques de piedra, sobre cómo sería su fulgurante aspecto cuando el sol incidía en cada ángulo. Parece que todo aquí es misterioso desde que el faraón Keops, de la IV Dinastía, vio cumplido su sueño de levantar una enorme pirámide hacia el cielo, allá por el año 2.570 antes de Cristo, hace casi 5 milenios. Pero el verdadero misterio de este lugar está lejos de esos chismes tan habituales hoy en día entre los aficionados a las teorías de la conspiración.

—¿Y cuál es entonces? —Howard Tilman no pudo reprimirse, le vencía la curiosidad.

Zawan sintió que había atraído al fin toda la atención de aquel grupo de turistas.

—Una pirámide es una tumba.

—Ya lo sabemos —dijo otro de los visitantes.

—Keops hizo construir esta enorme pirámide para que albergara sus restos antes de partir a la otra vida. Y se aseguró que nadie perturbara su descanso, que los saqueadores no pudieran acceder a los tesoros que le acompañarían en ese viaje. Por eso el interior de la Gran Pirámide, sigue siendo hoy, en pleno siglo XXI, un misterio por resolver, un laberinto sin solución.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que nunca se encontró la cámara funeraria, nunca se encontró la momia de Keops. Nadie sabe si sigue ahí dentro, o si los saqueadores de tumbas consiguieron llegar hasta él y se lo llevaron. Se han encontrado tres cámaras ahí dentro, pero muchos piensan que aún falta la importante, la cuarta cámara de Keops, la que tiene su cuerpo y sus tesoros.

Los turistas ingleses se quedaron encantados con esta historieta, pero el joven Tilman estaba realmente muy decepcionado. Aquellos infantiles intentos de Zawan de crear misterio y atraer interés habían funcionado con todos, pero, desde luego, no con Howard.

—¡Menuda chorrada! —pensó Howard. — Si de verdad hubiera dudas ya habrían hecho algo. Con lo medios que hay hoy en día seguro que han rastreado con ondas o radares cada rincón del interior de la pirámide, y por mucho